

PEDRO OLALLA

PALABRAS DEL EGEO

EL MAR, LA LENGUA GRIEGA
Y LOS ALBORES DE LA CIVILIZACIÓN

BARCELONA 2022



A C A N T I L A D O

www.elboomeran.com

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tél. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2022 by Pedro Olalla González de la Vega
© de la ilustración de la cubierta, by Pedro Olalla González de la Vega
© de los caracteres tipográficos que notan las antiguas escrituras del Egeo,
by Pedro Olalla González de la Vega y Silvano Olalla Carrillo
© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-18370-84-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 4504-2022

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2022*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Diez	7
Nueve	24
Ocho	49
Siete	78
Seis	91
Cinco	111
Cuatro	140
Tres	178
Dos	210
Uno	225
Cero	280
<i>Notas</i>	285
<i>Bibliografía</i>	339
<i>Índice</i>	353

DIEZ

Esta vez, cuando bajes del barco, estarás ya tan alto como yo. Se me está haciendo larga la espera.

Hoy, a primera hora, cuando todo parecía dormido todavía, me vine a caminar descalzo por la orilla del mar: mis pisadas y las olas que se deshacían suavemente en la arena fueron, durante un rato mágico, los únicos sonidos de la isla. Más tarde busqué asiento en la playa vacía, en el lugar donde ahora estoy, a la sombra de un viejo tamariz con el tronco vencido por el viento y pintado de cal hasta donde comienzan a crecerle las ramas.

La primera página en blanco de este cuaderno en el que ahora te escribo refleja de forma cegadora la pletórica luz que vierte sobre el mundo el cielo del Egeo. Bien pensado, casi me atrevería a decir que no refleja sólo la luz: que también es sensible al soplo de esta brisa, cargada de sal y de tomillo; que el papel es uno de esos muros calientes del camino por el que trepa alguna lagartija; una de esas paredes encaladas del pueblo contra las que resuena el canto infatigable de las cigarras. Me deslumbra su blanco cuando voy a escribir, y tengo que hacer sombra con la mano. Luego, cada vez que levanto la mirada, me encuentro con el mar, de un azul aún mucho más profundo que el del cielo. Y, ¿sabes?, así, como venida del silencio, casi escucho tu risa de niño, tu ya lejana voz de niño, repartiendo con asombro aquella alegría inesperada y pura que te produjo ver delfines por primera vez. Delfines de verdad: tan reales como en tu fantasía.

Ahora acabas de cumplir los diecisiete. Y he decidido escribirte este cuaderno mientras te espero aquí, en la isla,

porque tú, para mi sorpresa y sin que nadie te moviera a hacerlo, has decidido venir a cuidar de tu griego: de la lengua que aprendiste de pequeño como un milagro natural y sencillo, la lengua del colegio y de la calle, la lengua en que, jugando, les hablabas a tus coches, a tus insectos, a tus conchas, antes de separarnos.

¿Cómo puedo ayudarte a aprender una lengua que ya hablas? ¿Acaso interrumpiendo tu conversación con una clase de gramática cada vez que dejes escapar un gazapo? Sé que no acabaríamos bien. En realidad, más que ayudarte a aprender la lengua griega, lo que me gustaría es poder ayudarte a explorarla. O, para ser sincero, a amarla. Por eso, de momento, en los diez días que faltan para tu llegada, voy a llenarte este cuaderno de cosas que he pensado y sentido todos estos años en contacto diario con lo griego, y en contacto, también, con todo este pequeño gran mundo que se asoma desde tiempos remotos a las orillas del Egeo. Son cosas que no voy a ponerme a contarte cuando estemos juntos, claro está; pero que ahora, aquí solo, a la espera, puedo intentar dejártelas escritas para siempre.

Quisiera que llegaras a entender que todo es uno: la lengua griega... y esta luz, este mar y estas rocas de donde fueron desprendiéndose sus primeras palabras. Así lo veo yo: uno. Un curioso universo: sonido de guijarros, consonantes que chocan entre sí, sustantivos mojados por las olas, raíces semánticas, raíces de frigana, huesos, caparazones, el sol que reverbera sobre el mar, nombres que imitan un rumor eterno, verbos que nacieron de un gesto, preposiciones que son una seña, sílabas que son cuernos que embisten, letras que insinúan el flujo del agua o del aire, palabras viejas que han salido del mar como la vida, como tortugas que van a desovar a la arena. Sé que aún no entiendes nada, pero voy a intentar que llegues a entenderlo.

ἅλς

Sals... Wals... Hals... parece estar diciendo desde siempre cada ola que rompe en la orilla. ἅλς [hals] llamó la lengua griega al mar hace milenios, como tratando de repetir su voz. De ese nombre aprendieron después nuestras lenguas a llamar a la *sal*.

Ya ves, Silvano, hablamos con palabras cuyo remoto origen se ha ido difuminando poco a poco en la memoria de los hombres. Pero hubo de existir un origen, un tiempo en que nuestros ancestros más lejanos, que sin duda aludían a las cosas presentes señalándolas con el dedo, comenzaron a aludir a las ausentes tratando de evocarlas a través de la voz. «El nombre es el intento de imitar el mundo a través de la voz», observaron los sabios antiguos.¹ Y, sin duda, fue la naturaleza, con sus rumores, sus chasquidos, su luz, sus movimientos, la que dictó a los hombres las primeras palabras: primitivas partículas con voz y pensamiento,² arcanas criaturas de un tiempo muy remoto, que viven aún ocultas en la lengua abisal del Egeo.

*Sals... Wals... Hals...*³ fue probablemente el modo impreciso en que el mar resonaba al oído de los remotos moradores de estas costas; una voz que parece acusar el romper de las olas pero que—como luego trataré de explicarte con calma—lleva dentro también la idea de la luz y de lo excelso. El rumor incesante del mar, su bramido, su ímpetu, su luminosidad, su fuerza, su inmensidad, sus movimientos suaves o violentos, su color, su sabor, su crueldad, su riqueza han inspirado multitud de palabras certeras—modeladas una a una con la acuosa materia de su nombre—para señalar la presencia de estos rasgos marinos en cosas, en acciones, en hombres, animales o dioses. Voy a hablarte de algunas, pero no te impacientes por descubrirlas todas. Tienes tiempo. Son muchas las palabras nacidas del mar,

palabras venerables y viejas que podrían llevar el bello sobrenombre de Ἀλοσύδνα⁴ [Halosydna], ‘nacida del mar’, como Tetis y Anfítrite, como las Nereidas, como las diosas primigenias de las profundidades.

Sigamos, de momento, la estela de la palabra ἅλς [hals]; una palabra misteriosa: femenina cuando nombra la mar —pues nombra a una gran madre— y masculina cuando habla de la sal, como si fuera ésta una especie de genio que la habita.

A decir verdad, no hay mar si no hay sal; y, tal vez por esa identidad, goce la sal de tanto arraigo en esta milenaria cultura marina. La sal como don divino,⁵ la sal como alimento, la sal como cura,⁶ la sal como estipendio (que aquí se llamó ἄλτρον⁷ [altron] y ἅλατικόν [halatikón], y en Roma fue *salarium*: de ahí nuestro *salario*), la sal del ingenio⁸ (la llamada *sal ática*), la sal de la fraternidad⁹ («compartir pan y sal», decimos aún hoy, aquí, en Grecia). La sal de la civilización. ¿No recuerdas adónde fue Odiseo, aconsejado por el divino Tiresias, para tratar de poner fin a las desgracias con que lo atormentaba el dios Poseidón? Allí donde acababa el mundo para esta civilización marina: «al lugar donde los hombres no conocen el mar, ni han visto nunca naves de alados remos, ni toman alimento sazonado con sal».¹⁰

La sal de sazonar se llama en griego ἅλμυρα [halmyra], y de ella toma el nombre la *salmuera*. Y ἅλμυρα [halmyra] o ἅλμυρῖκι [halmyriki] es también el nombre de este árbol esforzado y brioso que ahora me da su sombra: es un *pino salado*, un *tamariz*; es el árbol que crece más próximo al mar, con sus hojas mutadas en escamas y sus raíces poderosas ahondando bajo la arena en busca de unas gotas de agua dulce. De él se acuerda ya Homero en la *Iliada*, y lo llama μυρῖκη¹¹ [myriki]. Y es curioso, el nombre de tamariz tiene también algo de acuático, pues lleva dentro una voz primitiva usada para evocar el agua: la palabra ΔΑΝ/TAN [DAN/

TAN], un sonido profundo y retumbante que parece querer hacer oír las aguas subterráneas que fecundan la tierra (ΔΑ [DA]) y que, después, afloran en los manantiales para volverse ríos y regresar al mar. No te sorprenda que haya muchos ríos con esta raíz en su nombre:¹² **Danubio**, **Tainais**, **Don**, **Támesis**, **Ródano**, **Erídano**, **Jordán**; y también el **Tambre** de Galicia, el antiguo **Tamaris**,¹³ del que algunos dicen que ha tomado su nombre el tamariz.

Estas hierbas silvestres que crecen en la playa al pie del tamariz se llaman como el árbol, ἄλμύρα [halmyra] o ἄλμυρῖκι [halmyriki]; ahora, en verano, cuando las otras hierbas comienzan a secarse, estas supervivientes, hervidas sobriamente como en tiempos remotos, te ofrecen en el plato un rotundo bocado de yodo y de salitre, tan humilde y tan elemental que es fácil que al probarlo se te salten las lágrimas. La ciencia las llama *salicornes*, ya ves, porque parecen diminutos ‘cuernos de sal’.

Y si ἅλς [hals] es la sal y es el mar, lo que está junto al mar se llama παραλία [paralía], que es como tú aprendiste de niño a llamar a la playa. *Playa, plage, praia, spiaggia...* vienen de otra palabra parecida, πλαγία [playía], que fue, en su origen, una amplia superficie algo inclinada:¹⁴ esta suave ladera de arena y de guijarros sobre la que el mar reposa ahora como una fina piel de agua.

Cuando el mar está así, tan sereno y radiante como ahora, decimos en griego que está como un cristal—η θάλασσα εἶναι γυαλί!—, pues el cristal, ὕαλος [hýalos], fue, primero de todo, la roca de cuarzo, luminosa y diáfana, que parece contener estas nítidas aguas.¹⁵ Y, si te hablo del mar como cristal, como espejo del cielo, tengo que adelantarte algo muy sorprendente, que quisiera explicarte después más despacio: en la remota conciencia de esta lengua, el mar comparte con el sol una misma idea de energía y luminosidad, la idea primigenia que expresa la raíz ΣΑΛ-/ΣΕΛ-

[SAL-/SEL-]; tú mismo lo percibirías ahora, sin más explicaciones, si estuvieras aquí, enfrente de este mar y este cielo de un azul tan radiante. Por esta afinidad de que te hablo, al sol—al que, como sabes, llamaban Helios—le daban también el nombre de Halios,¹⁶ es decir, ‘Marino’, pues, observando cómo el agua se eleva en forma de vapor hacia la atmósfera, decían poéticamente que «el sol se alimenta del mar».¹⁷ ¡Qué imagen más hermosa y más clara para comprender esta luz del Egeo!

¿Te acuerdas de que, cuando te enseñaba a flotar boca arriba, haciendo el muerto, había un momento en que abrías los ojos y no sabías si flotabas en el mar o en el cielo? Pues por eso, por esa luminosidad idéntica que ambos comparten como en un espejo, hay en griego también una misma palabra de la raíz SAL-/SEL- para el azul del mar y el del cielo: γαλανός [galanós].¹⁸ Ese maravilloso azul es el color de la *serenidad*, que en esta lengua se llama γαλήνη [galene],¹⁹ como la mar en calma, como la ninfa Galene, que apacigua las olas.²⁰

A veces—hablando de colores—, el blanco de la espuma o de una nube pasa como una pincelada sobre el azul del mar y del cielo, fundiéndose con él en un tono impreciso, mutante, nacarado, que los antiguos llamaron γλαυκός²¹ [glaukós], *glauco*; habrás oído el nombre: es el color claro y centelleante que imaginaron en los ojos de la diosa Atenea, la diosa del ingenio y la sabiduría... Pero, además, la imagen de la espuma blanquiazul sobre este mar brillante y apacible se asoció desde antiguo a la leche, y, por eso, ambas se llaman γάλα²² [gala]; y la ninfa de la mar en calma, **Galatea**; y la leche de los senos de Hera que quedó derramada por el firmamento, **Galaxia**, Vía **Láctea**.²³

Pero aún más fascinante me parece que esta misma raíz del resplandor celeste y marino sea la que dé nombre a la alegría, a la risa y, a la vez, al ruido de las olas que rompen sua-

DIEZ

vemente en la playa: γέλως²⁴ [gelos]. ¡Qué puede haber más luminoso que la risa! ¡Más alegre que una mañana esplendorosa junto a este cielo y este mar! Γέλα²⁵ [gela] era la luz alegre del amanecer; ἄγαλμα²⁶ [ágalma], la estatua creada para ofrecer alegría y deleite a los dioses; y ἀγάλλομαι²⁷ [agállomai] era sentir una alegría plena, imagen de esta otra que, sin saber por qué, de manera espontánea y atávica, sentimos, como animales inocentes, cuando vemos el cielo azul radiante y el mar en su esplendor.

ὥς

¡Basta! ¡Tengo que parar! Porque te juro que, si sigo así, tirando del hilo de una misma raíz, podríamos estar horas enteras saltando de palabra en palabra, de una imagen a otra, de una idea a otra idea, de un sonido a una cosa, «como salta con ímpetu, de un hombre, el pensamiento»,²⁸ que así decía Homero.

Ahora que me ha venido a la memoria este símil de Homero, reparo en que, tal vez, la esencia del lenguaje se encuentre contenida en ese *como* de las comparaciones. ¿No es maravilloso? Ahora me doy cuenta de que, con las palabras que te he ido mencionando, no he hecho otra cosa que confirmar lo que el lenguaje es, en el fondo: un ejercicio de comparación interminable. «Esto es *como* aquello», comenzamos sin duda a decirnos en el principio de los tiempos: la serenidad (γαλήνη) es como el mar en calma (γαλήνη); la risa (γέλως), como la aparición de la luz (γέλως); la leche (γάλα), como la espuma de las olas (γάλα). A veces, fue un sonido lo que nos sugirió la creación de una palabra; a veces, fue una imagen. Para entendernos de manera intuitiva—de manera instintiva—, fuimos proyectando los rasgos de una cosa sobre otra, los de un ser sobre otro;

trasladando nuestras experiencias con el agua—con el aire, la piedra o el fuego—a planos más abstractos, para poder nombrar cosas no nombradas aún; alargando, como el niño que crece, una mano a lo nuevo, asidos con la otra a lo ya conocido; y, cuando dominamos ese osado juego, llevamos finalmente las imágenes del nítido paisaje exterior al vago e impreciso paisaje del alma. Puede que el mundo, entonces, ya estuviera creado; pero, en aquel momento, en el momento en que nació el lenguaje como entramado de comparaciones, el hombre comenzó a recrearlo de nuevo. ¿Te das cuenta, Silvano? Si lo que ahora te digo fue realmente así, el lenguaje no sería otra cosa que el testimonio de una lectura poética del mundo. Qué maravilla, ¿no? ¡Una lectura poética del mundo!

Ahora mismo, mientras pensaba estas cosas con la mirada perdida entre el azul del cielo y del mar, ha cruzado por la orilla, como un cometa silencioso, el señor Manolis: con su eterno polo rojo, saludando con el brazo desde lejos y cojeando un poco más que el año pasado. Un punto rojo deslizándose con lentitud sobre el gran fondo azul. Como un cometa silencioso.

¡Qué curioso! Los dos procedimientos más naturales y antiguos para crear palabras tienen un nombre plenamente griego: onomatopeya y metáfora. Es más, *onomatopeya* significa literalmente ‘creación de nombres’, lo que, en el fondo, quiere decir ‘creación de palabras’ por el procedimiento más elemental y primigenio: imitando los sonidos reales por medio de la voz. La otra manera básica e intuitiva de generar palabras es la *metáfora*, que en griego significa ‘traslado’: proyectar, como te he dicho antes, los rasgos de una cosa sobre otra, movidos por la espontánea inspiración de una imagen mental. Así hubo de empezar el lenguaje. Y, una vez alumbradas estas primeras voces simples capaces de evocar algo ausente, comenzaría a generarse una

DIEZ

mecánica para dotarlas de flexión, para otorgarles la potestad proteica de adoptar formas varias y de nombrar así, mudando sutilmente de apariencia, no sólo seres vivos o cosas inertes, sino también acciones, circunstancias, cualidades o conceptos nuevos que guardaran relación con la idea esencial que ellas personificaban. Y, por último, se haría necesario poder estructurarlas entre sí: hacer que colaboraran, ponerlas a arder juntas, ligarlas con vínculos sutiles que las forzaran y que las disciplinaran a cifrar lo confuso y lo vago, lo incorpóreo, lo que buscaba expresión brujuleando en nuestra mente. ¡Ay, las palabras! ¡Qué inmensa creación! ¡Qué ignorados titanes! Con su cuerpo volátil, con su fugaz aparición, con sus destellos imprevistos, con su estela invisible, las palabras sostienen nuestro mundo. Son ellas las que ordenan el caos, las que conforman la memoria, las que combaten con los sentimientos, las que alimentan nuestras voluntades. Ellas crean el miedo, ellas lo abaten. Ellas crean la fe, ellas la abaten. Ellas penetran en las almas y encienden allí hogueras, lumbres que pueden durar vidas o siglos, fuegos tan arraigados y voraces que también sólo ellas, si es que llega el momento, consiguen sofocar.

λόγος

¿Sabes, Silvano?, el pensamiento y el lenguaje, como el azul del mar y el del cielo, comparten también un mismo nombre en griego: λόγος²⁹ [logos]. ¡No sé si voy a ser capaz de explicarte todo lo que hay fundido en ese concepto griego de *logos*! Pero voy a seguir escribiendo, para que no se me esfumen las ideas.

Vayamos despacio: en la palabra *logos* está encerrada la idea de *pensar*, fuertemente fundida con la de *contar*, que es, a la vez, *decir* y *calcular*. Por eso, según el sentido con

el que utilicemos *logos*, podemos entenderlo como ‘pensamiento’, como ‘palabra’, como ‘discurso’, como ‘razón’, como ‘causa’, o como todo lo que quieren decir sus muchos derivados. Y por si fuera poco, *logos* es, junto a esto, algo muy importante, ‘la razón creadora’: una primera *causa*, un *pensamiento* divino del que emana y por el que *discurre* todo lo creado, como si se tratara de *palabras* que salen de una mente; un supremo atributo de la divinidad, del que el otro *logos*, el del hombre,³⁰ es tan sólo un reflejo. Esta idea es antigua, muy antigua. Ya los sabios griegos hablaron con naturalidad del *logos* como una emanación de la divinidad creadora del mundo³¹ antes de que el evangelista Juan lo hiciera para referirse a Cristo como la *Palabra de Dios* encarnada.³²

Pero verás; como, en realidad, trato de que descubras el lenguaje como un proceso interminable de metáfora, pensaba ahora, mirando al horizonte, que no estaría mal que te contara lo que creo saber sobre los avatares de esta palabra, *logos*, tan llena de conceptos y de significados; que no estaría mal que nos aventuráramos en un viaje hacia su origen para *indagar en la verdad de la palabra*: que nos aventuráramos en ese intrépido viaje hacia atrás, a menudo difícil y lleno de sorpresas, que los antiguos llamaban *etimología*.³³

En los tiempos de máximo esplendor de lo griego, *logos*, como te he dicho, tuvo significados múltiples, afines a *pensar*, *calcular* y *decir*, unidos entre sí como mechones de una apretada trenza. *Logos* fue, entonces, ‘pensamiento’, ‘consideración’, ‘argumento’, ‘palabra’, ‘discurso’, ‘relato’, ‘dicho’, ‘causa’, ‘cuenta’, ‘medida’, ‘proporción’, ‘oráculo divino’ y ‘razón creadora del mundo’. ¿Pero cómo llegó a ser todo esto? ¿Cuál pudo ser el hilo conceptual que ensartó todas esas nociones?

Ten en cuenta que *logos* es un nombre sacado de un verbo, el verbo λέγω [lego], y que, detrás de cada verbo—crée-

DIEZ

me—, está siempre el mensaje intuitivo de un gesto. Verás: estira el dedo índice y el dedo corazón y júntalos con el pulgar haciendo pinza. ¿Listo? Ya puedes empezar a pellizcar el aire: un poco por aquí, un poco por allá... fijándote bien en lo que escoges. ¿Lo ves? ¡Ése es el verbo *lego*! Esa acción de *juntar*, de *escoger*, de *captar* que escenificas ahora con los dedos es la que expresa el verbo *lego*. Lo mismo expresa, de forma primigenia, la antigua raíz ΛΕΓ [LEG], y ella es, en realidad, ese hilo tenue que ensarta las variadas formas de *pensar* o *decir* reunidas en *logos*. Es la raíz que habita, por ejemplo, en nuestra palabra *colegir*, que es la acción de ‘ir uniendo’—atando cabos—hasta componer un pensamiento. Y es la raíz que subyace también en la palabra *leer* (<*legere*), que no es sino ‘ir uniendo’ letras como ‘cogiéndolas con pinzas’—que es lo que significa, en griego, *silaba* (<συν-λαβή)—para sacar finalmente un sentido. Y en la palabra *inteligencia*, que es, literalmente, la capacidad de ‘leer lo que se esconde dentro’ (<*inter+legere*), de ‘elegir entre opciones’.

Pero sigamos hacia atrás: ¿qué era lo que expresaba esa raíz LEG antes de derivar hacia los sentidos metafóricos de la palabra *logos*? Expresaba, sin más, la idea literal de ‘juntar’, de ‘ir recogiendo cosas con un cierto criterio’. Y esa idea, unida todavía a su vieja raíz, es la que continúa latiendo en la palabra *colección*; en las palabras *colecta* y *cosecha*; y—aún más sorprendente—en la palabra *leña*, pues leña es, en su origen, la madera que *se recoge* para quemar. Ya ves, Silvano: si una raíz remota como ésta puede ser rastreada todavía en las palabras españolas de hoy en día, ¡imagínate lo que sucederá dentro de la memoria milenaria de la lengua griega!

Tratemos de retroceder aún más. Esa raíz LEG, que lleva en sí la idea de *recoger* y de *juntar*, se aproxima, según profundizamos, a su pariente ΛΕΠ/ΛΕΚ [LEP/LEK], que trans-

mite la idea afín de *contener*, de *ofrecer un reposo*, y ambas derivan de una primera raíz ΛΕ/ΛΑ [LE/LA], cuyo sentido original podrás visualizar muy bien si juntas las manos haciendo una escudilla como para coger agua. Es la idea de *recipiente* y de *reposo*, la que subyace en las palabras griegas λέκος [lekos] y λεκάνη [lekane], que significan ‘cuenco’; en la latina *lanx*, que también significa lo mismo y que nos ha dejado los ‘dos platos’—*bis lanx*—de la *balanza*; y, finalmente, en la española *lecho* (<*lectum*), que es donde duerme el río, donde está contenido y por donde discurre.

¿No es emocionante? ¡Acabar, desde el *logos*, en la lejana imagen del lecho de un río! Acabar en el remoto *curso* que inspiró la palabra *discurso*—pensar es *discurrir*, hablar, *discursear*—, en el río que nos hizo entender el *logos* de los hombres como un fluir de ideas y palabras, y que, a su vez, nos hizo concebir también el otro *logos*, el divino, como un *cauce* por el que el universo fluye desde la fuente de la divinidad. Repasemos a la inversa el camino que nos lleva desde el río hasta el *logos*: lecho: cauce: acopio: recogida: captación: pensamiento: palabra. ¡Da vértigo! ¿Sabes a qué se me parece este hermoso propósito de la etimología? Es como imaginar, a partir de unos leves indicios, cómo eran, tierra adentro, cada uno de estos cantos rodados de la orilla, hace miles de años, antes de ser arrancados del monte y pulidos por el río y el mar.

φωνή

Y, hablándote del *logos*, quiero atraer tu atención sobre una cosa más, sobre un inadvertido milagro: la voz. Homero utilizaba una expresión poética, cargada de fervor y admiración, cuando se refería al ser humano en su conjunto: μέρορες ἄνθρωποι³⁴ [méróres ánthropoi], ‘hombres de

DIEZ

articulada voz'; ninguna debió de parecerle tan fascinante como ésa, entre las muchas facultades humanas: articular la voz, comunicar el logos de forma inteligible. Ya sabes que, en griego, *voz* se dice φωνή [phoné], pero quizá no sepas que, en la conciencia de los antiguos, dentro de esa palabra convivían, unidas, otras dos: φῶς [phos] y νοῦς [nous], 'luz' y 'pensamiento';³⁵ fíjate bien: la voz como la luz que hace visible el pensamiento.

Desde tiempos remotos, la acción de *hacer visible* es lo que expresa la raíz semántica ΦΑ [FA]; y, si imagináramos esa acción representada por un gesto—pues ya te he dicho que hay un gesto intuitivo detrás de cada verbo—, éste podría ser el de abrir bien los ojos, como llenos de asombro: un gesto que nos diera a entender que algo se ha iluminado en nosotros, bien sea por la luz que ven los ojos o por la que percibe el pensamiento. Esa aparición, esa revelación, esa *epifanía* declarada por la raíz FA, ya estaba, pues, en la palabra griega φωνή [phoné], que lleva dentro la luz de φῶς (<φά-φος).³⁶ Y, si siguiéramos ahora remontándonos, buscando el punto más lejano desde el que arranca esa luminosa raíz, llegaríamos de nuevo a la idea del sol y de su prominencia;³⁷ pero, de momento, quedémonos en *voz*, en la maravillosa idea de la voz como aquello que puede hacer visible lo invisible—hacer φατόν [phatón] lo ἄφατον [áphaton], como diríamos en griego—, poner palabra a lo *inefable*. Ese FA luminoso de la voz, Silvano, es el rayo de luz que hay en *faro* y en *fama*, que hay en *fascinación* y en *fantasía*, que hay en *profeta*, y que brilla también, para que no lo olvides, en la primera sílaba de la palabra *hablar*, hija de *fabulare*. Hablar debe ser, siempre, aportar luz.

¡Qué bueno sería que lo que ahora te escribo te ayudara de algún modo a intuir por qué la civilización empezó con el logos! Es más: por qué no fuimos plenamente humanos hasta el momento en que empezó a fluir entre nosotros ese

río en que se funden pensamiento y lenguaje. Gracias a su existencia concebimos el mundo, lo exploramos, lo comunicamos, lo utilizamos para nuestro provecho, lo modificamos, buscamos su sentido, tratamos de entendernos a nosotros mismos. Gracias a su existencia conocemos el tiempo, la memoria, la experiencia. Gracias al logos—piénsalo—vivimos en los otros como un flujo de luz, y no en la reclusión de nuestras pequeñas calaveras.

¿Y sabes lo que más me emociona? Sentir que el logos trabaja sin descanso poniendo en relación imágenes, ideas y palabras, y descubrir a un tiempo que muchas de esas piezas diminutas llevan impreso, sorprendentemente, el sello de la lengua milenaria del Egeo. Sentir en esta playa—como siento el calor o la brisa—una proximidad tan grande a la materia prima de nuestro pensamiento. Porque nosotros hemos heredado las palabras del latín y del griego; pero el griego, desde tiempos remotos, las fue sacando de este entorno una a una, de las rocas, del mar, de la luz y del aire, como voy a tratar de mostrarte.

λάλλαι

Miro la orilla a esta hora aún temprana e imagino sin esfuerzo al joven Demóstenes disertando en solitario ante las olas. Los guijarros de la playa le enseñaron a hablar. ¿Has oído su historia? Cuenta Plutarco³⁸ que el mayor deseo de aquel joven inquieto era ser orador y defender lo justo mediante la palabra; pero la suerte quiso que fuera tartamudo y que su lengua se trabase con torpeza al hablar. Demóstenes, burlado por la gente, se apartó de la vida del ágora—incluso se rapó la cabeza para ahuyentar la tentación de echarse atrás—y decidió luchar en solitario por la superación de aquel defecto: así, cada mañana, bajaba hasta una playa

DIEZ

retirada como ésta y, andando por la orilla, ensayaba ante el mar sus discursos con pequeños guijarros debajo de la lengua. Demóstenes fue el mayor orador ateniense. Dicen que los guijarros le enseñaron a hablar.

¿Sabes una cosa? Λάλλαι [lállai]—hoy decimos λαλία [lalaria]—se llamaban desde antiguo los cantos rodados de la playa, por el ruido que hacen al ser traídos y llevados por las olas.³⁹ Y *hablar*, como sabes, se decía y se dice λαλό [laló]: pero hablar, sobre todo, de forma continuada y fluida, como lo hacen las olas que mueven los guijarros del mar.⁴⁰ Y de λαλό [laló]—de ese hablar como el mar—viene εὐλαλία [eulalía], que es la facilidad de palabra, la *fluidez*, el hablar con esa naturalidad de las olas que anhelaba Demóstenes cada mañana. Y de ahí viene el nombre de Eulalia, y también tu apellido, Olalla, que ojalá pudiera conferirte la elocuencia.

Fíjate en una cosa. La *ele* (λ) de estas palabras tan onomatopéyicas y acuáticas es la más fluida de las consonantes: no en vano la llamamos *líquida*, pues es la que mejor se adapta, como se adapta el agua, al molde que le impone cualquier otro sonido con el que entra en contacto. La *lambda* puede leerse en griego con todas las vocales y todas las demás consonantes, y hace de cualquier sílaba una materia blanda y maleable. Todas las letras sugieren un determinado movimiento: la *ele* es el flujo, la suavidad, el paso lento. Cómo decirte... Algo así como ese movimiento sigiloso de los pulpos que, cuando eras pequeño, dibujábamos en el aire, doblando la muñeca hacia abajo y cerrando y abriendo despacio los dedos estirados de la mano.

Pues bien, todos estos guijarros habladores fueron pulidos lentamente por la caricia líquida del mar; por eso, no es extraño que sus nombres griegos lleven dentro esa idea de suavidad y de fluido que sugiere la *ele* con la *a* en la palabra ἄλς [hals]: λάλλαι [lállai], λαλία [lalaria], βότσαλα

[vótsala], κροκάλη [krokale], λάιγγες [láinges], λαῖες [laes]. Es curioso, Silvano; en griego, cada piedra tiene su nombre, y, poco a poco, entenderás por qué: la piedra de los montes se llama πέτρα [petra]; la roca áspera de los cantiles, βράχος [vrahos]; la piedra pequeña y dura, στῖον [stíon]; la piedra tallada, λίθος [lithos]; pero sólo la piedra suave y ovalada que ha lamido el mar puede llamarse λαῖας⁴¹ [laas]. ¿Y sabes qué es lo más sorprendente? Que hay un mito antiquísimo, paralelo, en cierto modo, al del diluvio, que dice que, después de un cataclismo en que las aguas diezmaron a los hombres, el pueblo griego se regeneró a partir de estas piedras lamidas por el mar. Como tenemos tiempo, te lo voy a contar.

Dicen⁴² que, cuando el mar subió a la tierra y las aguas cubrieron gran parte de la Hélade, los bondadosos y devotos Deucalión y Pirra sobrevivieron al desastre en una embarcación construida por advertencia del titán Prometeo. Una vez amainaron las aguas, aunque desolados por ver toda la tierra silenciosa y vacía, Pirra y Deucalión dieron gracias a Zeus, a las ninfas de la montaña y a la diosa Temis, y luego lloraron por hallarse solos, como un triste despojo viviente de la raza humana. Conmovida entonces Temis, pronunció, desde la helada roca de su oráculo, las oscuras palabras que habrían de salvar a la especie: «Cubrid vuestras cabezas, desceñid vuestras túnicas y echad a andar arrojando hacia atrás los pulidos huesos de vuestra gran madre». Deucalión, como hijo que era del sagaz Prometeo, comprendió que la madre era la Madre Tierra; y los huesos, las piedras que estuvieron un día en su seno. Comenzaron, pues, a cogerlas del suelo y a arrojarlas de nuevo a sus espaldas, y de la piedra dura se renovó la dura estirpe de los hombres. Y de la piedra (*laas*) tomó su nombre el pueblo (*laós*).⁴³

¡Razón tenía el sabio que afirmó que el logos es el retra-

DIEZ

to del alma!⁴⁴ Comprender que los griegos vieron en estas piedras acumuladas en la orilla la imagen de una humanidad es comprender el alma de este pueblo marino. ¿Ves los cantos rodados, Silvano? ¿Los ves ahí en la playa? Pues ahí están los griegos, ahí están los antiguos pobladores del Egeo: nacidos de la adusta tierra, traídos y llevados por el mar, pulidos por las olas, brillando al sol, rumoreando, todos iguales y todos diferentes. Los griegos: «pueblo marino», como decía Sófocles,⁴⁵ o humildes «ranas asomadas al mar», como decía Sócrates.⁴⁶